

# Relámpagos oscuros

Bastet Noir



## RELÁMPAGOS OSCUROS

*Colección de cuentos cortos*

**BASTET NOIR**

# Capítulo 1

## Relámpagos oscuros

Dos columnas de libros se elevaban, una frente a otra, sobre el suelo de la habitación. La primera era de poca estatura, apenas cuatro ejemplares se apiñaban en ella. La segunda, en cambio, se levantaba sin piedad, apilando un volumen tras otro, en un largo e inestable pilar a punto de caer.

Sentado en el piso, a pocos pasos de distancia, Augusto miró la escena frunciendo el ceño. Había perdido todo el día examinando el polvoriento montón de libros que había comprado, por impulso, en una feria de artículos usados en el pequeño pueblo que visitó durante sus última vacaciones.

¡Cuatro míseros ejemplares! De todo el cúmulo de volúmenes que estudió con tanto cuidado por horas, solo cuatro resultaban aceptables para su colección de literatura. Extendió el brazo en busca de la última obra sin mucha esperanza, seguro de que iría a parar en la alta columna de rechazos; se trataba de un delgado librito de poesía. Abrió la portada con un movimiento desgastado, pensando en qué prepararía para cenar, y pasó una página tras otra, casi sin prestarles atención. Estaba por cerrar el libro de un golpe, cuando de él cayó una amarillenta hoja de papel.

Debía de haber sido leída muchas veces; estaba arrugada, sus bordes se abrían en más de una ruptura y la tinta había palidecido con el transcurso del tiempo. Augusto se sintió más atraído por aquel documento escrito a mano y, al parecer, arrancado de un cuaderno, que por el poemario. Se incorporó de un salto, lanzó el libro sobre la cama y se ubicó entre esta y una vieja lámpara de pie. Al amparo de su luz analizó el inesperado hallazgo. Rodeado de borrosas figuras de tinta, siluetas de contornos vagos y escurridos, resaltaba el siguiente texto:

Manual para escapar de su propia sombra

Lamento terriblemente que este documento haya llegado a sus manos, ya que, de ser así, existe una única explicación. Su sombra, su otro yo, ha empezado a tomar control de su vida. Pero no desespere, pobre amigo, aún hay esperanza para su alma. Siga las instrucciones aquí descritas al pie de la letra y en poco tiempo se verá libre de la amenaza que ahora lo

persigue. Antes de comenzar, sin embargo, piénselo muy bien, ya que una vez iniciado el proceso no hay marcha atrás, y de salir mal la "separación", usted sufrirá consecuencias catastróficas.

Si decide continuar, he aquí el método que se debe seguir:

A) El primer paso que se ha de tomar es determinar la fortaleza actual de su sombra. Conteste usted, con la mayor franqueza posible, las siguientes interrogantes: ¿Siente usted una presencia constante que no lo abandona aunque se encuentre en la más absoluta soledad? ¿Tiene usted actitudes y emociones que muchas veces no reconoce como suyas? ¿Al mirarse en el espejo, la figura que lo observa le parece la de un extraño? ¿Tiene la impresión de que sus peores rasgos de personalidad; la amargura, la rabia, el egoísmo, en fin, aquellas emociones que usted quisiera enterrar en lo más profundo de usted mismo; ahora lo dominan? Mientras más preguntas responda afirmativamente, más fuerte es su sombra.

B) Ahora debe identificar el nivel de sujeción que mantiene el espectro con usted. Colóquese directamente bajo la luz y fíjese en la figura que su cuerpo proyecta. Una sombra débil estará unida a su víctima solamente por los pies, sin tocar ninguna otra parte de su anatomía. Mientras más fuerte sea la sombra, o más tiempo lo lleve acechando, más conexiones habrá. Observe detenidamente, ¿parten delgados filamentos —relámpagos oscuros casi imperceptibles— desde el fantasmagórico ente hacia usted, hacia sus manos, tórax o cabeza? Esas desafortunadas hilachas son puntos de alianza entre los dos.

C) Una vez definidos la fortaleza y el agarre de la sombra, encuentre una ubicación idónea para realizar la "separación". Es necesario contar con un aposento que tenga un área alumbrada y otra bañada por la oscuridad.

D) Es momento de escapar de su sombra. Colóquese en el espacio iluminado del cuarto, mire fijamente a la sombra y piense en los sentimientos que la alimentan. Recuerde los rasgos de personalidad que fortalecen al espectro, aquellos que descubrió cuando determinaba qué tan fuerte es la criatura, y que usted quiere enterrar. Piense en todos y cada uno de ellos, con cada rasgo evocado la sombra se volverá más grande, hasta revelar su tamaño real.

E) Cuando la sombra haya alcanzado su forma máxima, usted debe salir de la luz a toda velocidad y adentrarse en la zona oscura de la habitación.

F) Rodeado por la penumbra, y diciendo en voz alta la frase: "Renuncio a ti, ente invasor", sacuda el cuerpo con todas sus fuerzas. Empiece por el pie derecho, agítelo sin parar hasta que sienta que la unión se rompe. Siga con el pie izquierdo. Recuerde los lugares en los que los hilos lo atan a la sombra y repita el proceso con cada uno de ellos, sin dejar de repetir el mantra de ruptura. "Renuncio a ti, ente invasor..., renuncio a ti,

ente invasor..., renuncio a ti, ente invasor..." En el momento en que la última conexión se pierda, usted sentirá que una brisa fría lo recorre.

G) Vuelva a la luz inmediatamente, dejando que la sombra, al no tener un cuerpo anfitrión al cual aferrarse, se funda con las tinieblas del cuarto.

Ahora, amigo mío, se encuentra usted libre de la criatura que lo ha estado acosando. Su alma debe estar inmersa en una sensación de ligereza, y su cuerpo debe proyectar únicamente una silueta translúcida, casi inexistente...

Augusto no pudo continuar leyendo. Sumergido en el insólito texto, había ido cumpliendo las instrucciones sin darse cuenta de que lo hacía. Había contestado las preguntas mentalmente; había mirado por el raballo del ojo la silueta que se formaba entre su cama y él, y la red de raquílicas nubes que los unían; había sentido, más que visto, cómo el espectro crecía con cada sentimiento egoísta y ruin que él saboreaba... En fin, había seguido con precisión todos los puntos del pequeño manual hasta llegar al último, al momento en que tuvo que regresar bajo la luz de la vieja lámpara. No fue lo suficientemente rápido y uno de los filamentos de su sombra alcanzó a sujetarlo por el cuello.

Lo último que el coleccionista de libros vio, fue una figura casi tan alta como el techo, negra como la noche y sin formas definidas, que se abalanzaba sobre él.

## Capítulo 2

### Verde limón

Anochece. Parpadean las primeras estrellas mientras yo continuo aquí parada, esperando que ocurra lo que tanto tiempo he deseado. Se levanta una brisa agradable y fresca que me impulsa a dejar de observar el edificio y a entrar en él.

—Ya verá el bullicio que se armó, actúan todos como locos —me dice Galo, el portero del inmueble, al tiempo que me acompaña adentro.

En cuanto me vio llegar, salió a la calle, y sin ningún preámbulo, me puso al tanto de la desgracia acontecida esta misma tarde a la familia González.

—Sí, señorita; están correteando como gallinas sin cabeza, de un lado a otro, y molestando al resto de condóminos con el ruido.

—Entonces, ¿era verdad? —pregunto deteniéndome para oprimir el botón del ascensor—. ¿Mamá Rosario tuvo razón todo este tiempo? Pobre, nadie le creía.

Desde el tercer piso llega un murmullo de voces, cada una con tono más incrédulo que la otra.

—Nadie. Pero ¿quién podía imaginarse semejante barbaridad, señorita Marina? —recalca Galo, socarrón. Para ser un hombre viejo disfruta bastante con los cuentos y correrías de los habitantes de la residencia de clase media—. Y lo peor de todo es...

El resto de su discurso se pierde mientras las puertas del elevador se cierran y el guardia se queda en el vestíbulo, saboreando la extravagante situación. En la intimidad del ascensor, y resguardada por sus cuatro paredes, me doy el lujo de sonreír. Sí, Mamá Rosario tuvo razón. Su sobrina y el vecino... Contengo mi alegría y relajo los músculos de las mejillas, no es correcto llegar al departamento con expresión de júbilo. Al fin y al cabo, no soy más que una empleada y es mi obligación demostrar respeto.

En realidad, mi felicidad no se debe a un gusto morboso por entrometerme en la vida ajena, como Galo, ni a un sentimiento de aversión hacia mis empleadores. Es, pura y llanamente, una expresión de alivio. Desde la primera noche que trabajé con las señoritas González,

Paulina fue un dolor de cabeza.

Cuatro meses atrás, respondí a un anuncio del periódico que solicitaba personal para cuidar por las noches a una mujer de edad avanzada que padecía demencia senil. Me había animado a buscar el empleo porque la labor me daba oportunidad de estudiar de cerca el tema del cual trata mi tesis de grado. En Mamá Rosario —como llaman sus sobrinas a la pobre anciana— encontré un ejemplo viviente del síndrome psicológico que provoca, en algunas personas, la pérdida de capacidades mentales con el paso de los años. A pesar de no ser enfermera, las señoritas González me contrataron enseguida; tan desesperadas estaban por obtener ayuda.

Así me incorporé a la vida de la González.

Las tres mujeres con quienes comparto mis noches parecen personajes arrancados de las páginas de una novela de realismo mágico. La enfermedad de Mamá Rosario la ha convertido prácticamente en una niña; yo paso mis noches convenciéndola de no llamar a gritos, en un idioma imaginario, a los ratones del patio trasero del edificio; o evitando que robe el maquillaje de Paulina para disfrazarse como un personaje de dibujos animados.

La señorita Alexandra, la sobrina de Mamá Rosario, es una cincuentona delgada que domina varios idiomas y trabaja en casa. Se pasa el día traduciendo documentos para grandes empresas, pegada a un ordenador portátil, y vigilando a su tía. Su carácter afable se ha visto perjudicado por las manías que ha ido adquiriendo con los años y que la dominan por completo. No come nada que haya sido envasado en empaques plásticos; no calienta jamás los alimentos en el horno microondas, pues está convencida de que la energía que emite mancha la piel; y nunca sale de casa si puede evitarlo, ya que tiene fobia a los grupos numerosos de gente.

Me recibe cada noche con la cena preparada, para mi paciente y para mí, y se marcha a su habitación con el rostro entristecido por oscuras ojeras.

Paulina, la hermana menor de la señorita Alexandra, es la personificación de la inmadurez. Para ella, mi presencia significa la oportunidad de salir cada noche y volver al día siguiente con la cabeza llena de música y relatos sobre hombres apuestos. Más que una mujer de treinta y ocho años, actúa como una adolescente que encontró en mí un cómplice para sus aventuras. Yo, que ni siquiera en la juventud fui extrovertida, y que a los veintitrés años estoy centrada exclusivamente en graduarme, paso las madrugadas tratando de evitar su compañía.

La atolondrada mujer parece no entender que yo vengo para atender a su tía; ella pretende que me convirtiera en su consejera y doncella personal. Ya es suficientemente duro tener un empleo durante las noches y cursar

el último semestre de sicología durante el día; no necesito una nueva “amiga” que revolotee a mi alrededor hablando sin parar, pidiéndome que la ayude a embellecerse para salir, mientras yo cuido de una octogenaria, que desvaría un día sí, un día no.

Si me he quedado al cuidado de la paciente es porque Mamá Rosario es, a pesar de su condición, una persona encantadora: llena de vida y de anécdotas divertidas —reales o inventadas—. Además, con unas pocas palabras dulces y unos cuantos chocolates, logro controlar fácilmente sus “travesuras”.

De existir justicia en el departamento de las González, Paulina ayudaría a su hermana a manejar la casa y la relevaría en el cuidado de la anciana durante las noches. Pero justicia es lo último que encontré cuando me uní a la vida nocturna de la familia, en la vivienda de dos dormitorios donde nos agolpamos cuatro mujeres solitarias de cuatro generaciones distintas. Yo, compartiendo la habitación con Mamá Rosario y sus disparates, y la señorita Alexandra siendo importunada al amanecer por la llegada de su hermana menor.

Las semanas pasadas han resultado más difíciles de sobrellevar, ya que Mamá Rosario se ha dedicado a pasear desnuda recitando un monólogo enloquecido. Anoche, aprovechando que yo me había quedado dormida, la infortunada salió del departamento, vestida solamente con unas pantuflas de peluche en forma de gato, y marchó por los pasillos del edificio repitiendo la misma cantaleta sin cansarse.

—El abogado... el abogado... se la llevará —canturreaba con tono infantil, al tiempo que sus grisáceos cabellos se mecían por la carrera—... se la llevará a vivir en un verde limón... a mi sobrina, se la llevará... —En un revoltijo de palabras sin sentido, incluía a su sobrina y al vecino de enfrente entre los versos de una vieja canción infantil. Daba saltitos, encendiendo las luces, mientras su envejecida carne se bamboleaba de forma grotesca.

Galo y yo tuvimos que darle caza, siguiendo el sonido de su voz y la de los vecinos, que empezaban a despertarse y a salir al corredor con ojos desorbitados.

—El abogado... —repitió Mamá Rosario cuando finalmente el guardia y yo pudimos conducirla, cubierta con una cobija, de vuelta a casa—. ¿No lo sabes, buena Marina? Mi sobrina pronto partirá lejos, muy lejos...

Volvimos a su habitación en silencio; la señorita Alexandra debía de haber estado tan cansada que el alboroto no la despertó; y Paulina, la incorregible Paulina, se había ido de fiesta y no regresaría hasta que los

pájaros cantaran al alba.

Cuando Mamá Rosario se quedó dormida, después de mucha insistencia y persuasión de mi parte, Galo me acompañó a hacer guardia en la puerta principal del departamento. Compartimos un cigarro, seguros de que a esa hora no molestaríamos a nadie, y conversamos en susurros.

—Es de no creer, señorita —dijo el portero, entre bocanadas de humo—, que gente tan decente acabe así. Llevo trabajando casi veinte años aquí, veinte años observando a las señoritas González. Conozco su historia tan bien como ellas mismas.

Había perdido la esperanza de descansar hasta las siete de la mañana, hora en que terminaba mi horario laboral, y agradecía la ayuda de Galo; así que me acurruqué contra el umbral de la puerta y me dispuse a escucharlo.

—La señorita Rosario las crió, ¿sabe usted? Ella nunca se casó (al igual que doña Alexandra), por eso, cuando los hijos de su único hermano quedaron huérfanos de madre, la señorita Rosario se mudó con ellos. Y eran una familia numerosa: seis hijos y un viudo; imagínese usted. Cuando el menor se graduó de la universidad, la señorita Rosario compró este departamento y se mudo aquí. Alguna vez escuché comentar que el hermano le había ayudado a pagar por el piso, pero yo no podría asegurarlo.

»Esa parte de sus vidas, la más antigua, me la han contado las señoritas. De lo que sí fui testigo, es de cómo acabaron viviendo todas juntas. Hace tres años, más o menos, el sobrino mayor de la señorita Rosario (ese Ernesto que usted conoció una vez y que no viene casi nunca) llegó con un médico, y se pasaron una mañana entera hablando con ella. A los pocos días, Doña Alexandra apareció aquí con dos maletas y se instaló en la habitación libre. “Mamá Rosario está enferma —me explicó—, su cerebro ya no funciona bien. De ahora en adelante, viviré con ella.”

»Apenas cinco meses después, la niña Paulina se les unió. No venía a ayudar a la hermana, ya ve usted, señorita Marina, que además de dormir durante el día y salir por las noches, la muy guapa no colabora en nada; lo de ella fue por conveniencia. Se había vuelto a divorciar: era la tercera vez, los matrimonios le duran a ella menos que a usted un semestre de estudio. Menos mal, como dice Doña Alexandra, no pudo tener hijos; si no, tendríamos un desfile de padres recogiendo a sus respectivos retoños todos los domingos...

Una carcajada se mezcló en mi garganta con el humo del cigarro; me imaginé a los exmaridos de Paulina timbrando, uno tras otro, y a ella sacando niños del pequeño apartamento, como un mago que extrae

conejos de su sombrero. Galo no me escuchó, estaba absorto en su relato.

—En fin, acabaron las tres viviendo juntas; una chocheando, otra trabajando sin descanso y la última estorbando. La niña Paulina no puede vivir sin compañía, dice que le teme a la soledad. Yo creo que está enferma de la cabeza. Como también dice Doña Alexandra, tener miedo a vivir sola, a los treinta y ocho años, y meterse en un departamento donde no hay espacio suficiente, solo para molestar a los demás, es estar tan loca como la pobre señorita Rosario.

»Y allí están, una sobre otra, sin espacio ni para respirar. Como si fuera poco, ahora las visita el abogado. —Galo levantó el mentón, señalando el departamento al otro lado del pasillo—. Usted debe de haberlo visto alguna noche, un señorón alto de ojos muy negros, de la misma edad de la niña Paulina. Toma café con ellas antes de que usted llegue, señorita Marina, y se la pasa coqueteando con la muchacha. ¡Claro, lo único que le falta a la muy guapa es un cuarto marido! Debe de ser por eso que ahora la viejita está obsesionada con un supuesto “romance”, y anda cantando tonterías de arriba abajo.

¡Tonterías! Eso pensábamos, pero Mamá Rosario, en medio de sus delirios, había visto aquello que al resto de nosotros nos pasó por alto.

Esta noche, a mi llegada, Galo tardó más en saludarme que en contarme que unas horas antes, contra todo pronóstico, la sobrina de la buena mujer había dejado el edificio en compañía del famoso abogado; y, como un par de jovencitos, se habían fugado.

¡Qué historia!

Es demasiado para comprenderlo todo en un viaje de ascensor. Me recuerdo a mí misma que debo disimular el agrado que me causa haberme librado de Paulina, un sueño hecho realidad, y adopto una expresión seria antes de entrar en el departamento.

Lo que encuentro al abrir la puerta me deja sin aliento.

Paulina, la mismísima Paulina, solloza abrazada a su hermano Ernesto. Sus voces se mezclan en un coro lastimero y confuso; después de un momento observándolos, comprendo que se quejan por la desaparición de Alexandra.

¡El abogado se llevó a Alexandrai ¡A Alexandra!

Es lo que Galo quiso contarme antes de que las puertas del elevador nos separen; es, sin duda, lo mejor del relato. La cincuentona abnegada, que cumplía con la labor que les habría correspondido a todos sus egoístas hermanos, y que nunca se casó, lo ha dejado todo por un hombre quince años menor. La turbada mente de Mamá Rosario fue la única capaz de concebir que el vecino de enfrente se había enamorado del carácter serio de Alexandra, y no de la irreverente juventud de Paulina.

Volverán, por su puesto. Al menos eso dijo Galo: que tras una larga vacación, el abogado y la sobrina de Mamá Rosario —aún no puedo creer que se trate de Alexandra— regresarán para vivir juntos en el piso de él. Volverán, pero Alexandra nunca más será la sobrina que se sacrifica ni la hermana que permite que abusen de ella.

Suelto una carcajada, sin poder evitarlo, cuando distingo a Mamá Rosario en un rincón de la cocina estilo americano. Recita su alterada canción infantil, mientras echa hojas de periódico, en lugar de col, en una hirviente cacerola de sopa.

—Él se llevó a la pájara pinta... la pájara pinta, sentada en un verde limón...

## Capítulo 3

### Tabacos

Buenos Aires, abril del 2004

Maime:

Querida madre, te sorprenderá recibir la presente carta en lugar de uno de mis cortos correos electrónicos. Lo que estoy a punto de contarte es tan privado, tan doloroso, tan irreal, que he sentido la necesidad de escribirlo lentamente; examinando los recuerdos que invaden mi mente con cada frase que redacto. No quiero, por otra parte, que el contenido de esta carta sea leído por nadie más, ni siquiera por mi esposa, Elena. ¿Quién, aparte de ti, mi Maime, podría entender la locura que estoy viviendo? ¿Quién, si no tú, compartió conmigo los peores años de mi vida, trató de protegerme del sufrimiento y me apoyó incondicionalmente? Cuando hayas terminado de leer mi relato, y hayas encontrado la fortaleza para seguir adelante, deberás explicarle a Elena por qué no voy a regresar.

Siento tanto cargar esta tarea sobre tus hombros, pero eres la única persona capaz de entender el suplicio que les espera a mi esposa y a mi hijo que está por nacer, de ahora en adelante. El mismo tormento que vivimos hace años tú y yo. Por lo menos Elena sabrá la verdad. Y ahora, también tú, madre.

Como sabes de sobra, mi viaje a Buenos Aires estuvo cargado de esperanza y una dosis de vanidad. Había esperado con ansias asistir al Congreso de Cirujanos más importante de Latinoamérica, y ser el orador más joven jamás invitado me llenaba de orgullo. Los colegas con quienes me encontré eran profesionales de altísimo nivel, el congreso superaba mis expectativas y la ciudad me enamoró con su arquitectura afrancesada, sus plazas y fuentes, y su aire de cultura. Todo parecía perfecto. Pero nada es realmente perfecto y yo ya debería saberlo, ¿verdad?

No habían pasado tres días desde mi llegada cuando lo vi. Yo estaba en un pequeño café en Palermo, bebiendo vino en compañía de un grupo de médicos; hablábamos con desenfado de las conferencias del día y disfrutábamos de la vista de Buenos Aires por la noche. Entonces él

apareció, caminó frente a nuestra mesa, se detuvo un segundo para mirarme fijamente y siguió su marcha.

En un principio, casi no lo reconocí. Habían pasado tantos años y estaba cambiado: sus facciones eran más duras, terriblemente angulosas, la piel del rostro se pegaba a sus huesos como pergamino a punto de romperse, y su cabello se había convertido en hilachas de color acero. Más que un anciano parecía el cascarrón de un hombre, una envoltura vacía que se movía lentamente, impulsada por alguna fuerza interior. Cuando se paró junto a la mesa, con un cigarro a medio consumir colgando de la boca, todos hicimos silencio; una ventisca helada nos abrazó y un olor a cuero viejo, a carne en descomposición y a moho inundó el lugar. Nadie se movió o emitió ruido alguno, estábamos paralizados. Duró sólo unos segundos; en cuanto el viejo se alejó, el grupo que me rodeaba volvió a la normalidad; bromearon sobre el efecto del vino, los personajes excéntricos que recorren la ciudad y los fantasmas que colman la noche.

Yo no. Yo seguí inmóvil. Yo había reconocido al anciano, cuando sus ojos se clavaron en los míos supe quién era. Lo habría sabido aunque no hubiera visto esa mirada en mil años. Era papá. O aquello en lo que se había convertido. Porque esa figura delgada —de ojos anaranjados sin pupilas, labios tan secos que se descascarillaban y piel transparente— no era humana. Nada en él, ni su forma de moverse, como levitando, ni su mirada de fuego ni su olor putrefacto eran los de un ser con vida.

Era papá y no lo era.

Papá. El hombre que desapareció de nuestra vida hace más de quince años. ¿Cuántas noches pasamos en vela preguntándonos qué le había pasado? ¿Cuántos días, meses, años, te torturaste, Maime, preguntándote si estaba vivo? Nos volvimos sombríos, cerrados, desde el día en que papá simplemente no volvió a casa. No olvidamos nunca aquel martes cualquiera en que las horas pasaron una tras otra, inclementes, sin que él llegara. De la vida perfecta que una vez creímos tener, sólo quedamos tú y yo, bañados en dolor y esperando una respuesta que no llegaría nunca.

Trabajaste como ninguna madre, o enfermera, que haya conocido; siempre haciendo turnos dobles en el hospital. Tuvimos que mudarnos con los abuelos para que pudieran cuidarme mientras tú luchabas, como una leona, para darme un mejor futuro. Y yo estudié sin descanso, sin pausas, para retribuir tu esfuerzo. Llenábamos cada minuto del día con labores para no tener tiempo de pensar, de llorar. En el colegio me llamaban “niño tabacos”, decían que mi padre salió un día a comprar cigarrillos y ya no volvió. Yo trataba de no escucharlos. ¿Recuerdas la expresión de lástima que tenía la gente cuando nos observaban? Yo no olvidaré jamás cómo levantabas la barbilla y seguías adelante. No olvidaré jamás que nuestras miradas perdieron su luz o que rezábamos por él todas las noches y todas

las mañanas.

¡Rezábamos por él...! Si lo vieras, Maime, si vieras a la criatura monstruosa en la que se ha transformado.

Desde que me halló en el café lo he visto muchas veces. No pasa un día sin que aparezca, sin que surja de la nada, como materializándose en la atmósfera. No soy el único que lo ha observado, más de uno de mis colegas ha mencionado al espantoso anciano que parece rondarnos, al fantasma que nos hostiga. Los médicos no creen en apariciones, pero de tanto verlo algunos han empezado a dudar de su propia salud mental. Adonde vaya está él, rodeado de frío, penetrándome con la mirada, llamándome. El aire de la ciudad ha sido remplazado por el humo de su tabaco y los parques y plazas de Bueno Aires han quedado ensombrecidos por su aterradora presencia. No siempre se presenta con la misma imagen, aunque el tabaco no abandona nunca su boca; casi siempre es el viejo de nuestro primer encuentro, en otras ocasiones su apariencia es la del hombre que fue hace quince años, y últimamente ha empezado a parecerse a mí.

¡A parecerse a mí...! A una copia de mi persona, pero consumida, errante, sin alma.

La primera vez que me reconocí en él lo supe. Ha venido por mí. Esa cosa, ese ser que usa el cuerpo de mi padre como vestimenta y que me atormenta día tras día, ha venido por mí. No puedo pensar en nada más; no puedo dormir, comer o respirar sin sentir su presencia. La punta de su cigarro encendido me persigue en la oscuridad y su olor a muerte me asfixia. Ya no volveré a casa, no puedo llevarlo conmigo, no hacia ustedes. Tampoco creo que de haber querido volver, él me lo hubiera permitido, está más cerca cada día y pronto será lo único que exista para mí.

Te escribo con el último resto de conciencia que me queda. Debes saber, sobre todo debes saber, que papá no nos abandonó. Ya puedes desterrar la duda de tu corazón; el hombre que te amó, que construyó una vida contigo, el mismo hombre que me acunó en sus brazos, me leyó cuentos y acarició mi frente, no se marchó dejándonos a la deriva. Lo arrebataron de nuestro lado. Lo absorbió, lo poseyó, una criatura diabólica que no soy capaz de comprender. Yo siempre creí que había fallecido, era preferible eso al desamparo. Si lo vieras ahora, madre, también tú lo preferirías muerto.

Maime... hace cuántos años no te llamaba así, con aquel apodo de mis años infantiles. Hoy, al decirte adiós, vuelve a mi mente; seguramente porque al decirte adiós me gustaría acurrucarme en tu regazo y llorar como un niño pequeño. Hice todo lo que pude por ser un buen hijo, por darte el amor, el apoyo y la compañía que te hacían falta. Dile a Elena que

traté de ser el mejor marido posible y que habría sido un buen padre.  
Tanto como lo fue papá mientras fue él.

¡Dile a Elena que no la abandoné!

Y si encuentras el valor para volver a rezar, Maime, reza para que yo no busque a mi hijo. Reza de mañana y de noche para que no llegue el día en que un ser despreciable y sin vida, cuyos ojos se consuman como llamas, que use el cuerpo de su padre como cáscara y que apeste a muerte, lo vaya a buscar.

## Capítulo 4

### Toorkan de Tari

#### La Misión

La estrella madre empezaba a esconderse, para darle paso a la noche, cuando Toorkan de Tari alcanzó el bosque del norte. El frío le calaba los huesos; desde que abandonó el cuartel de los elegidos casi no había descansado: había recorrido las plantaciones escaladas, dejado atrás los cerros del viento abandonado y, finalmente, cruzado el desierto naranja.

Dio los últimos pasos que lo alejarían de la arena anaranjada y se adentró en un bosque de árboles gigantes. El tupido follaje gris provocaba que su talga, su bastón arma, iluminara apenas unos centímetros frente a él. Las ramas se entrelazaban unas con otras, formando una pared natural que le dificultaba caminar. No tenía miedo, era uno de los pocos humanos puros que quedaban en el planeta Tari, uno de los pocos que merecía ser llamado hombre. Por eso había sido escogido al nacer, catorce años atrás.

No había avanzado más que unos pocos kilómetros cuando sintió, junto a su cabeza, un temblor, una sacudida veloz que nadaba entre las ramas. "Gusano de hojas", pensó. Debía encontrar un área despejada, debía alejarse del follaje. Levantó el bastón sobre su cabeza y lo giró en círculos, esperando que su luz le indicara el camino. Nada. Solo copas grises que se elevaban desde su rodillas hasta casi tocar el cielo. Repitió el movimiento, entrecerrando los ojos y volteando la cabeza de un lado a otro. A lo lejos, pudo distinguir un grupo de colinas no muy altas, ocultas tras los árboles. No estaba seguro de encontrar resguardo allí, pero era su única oportunidad.

Apuró el paso, sin correr, pues las vibraciones alertarían al animal sobre su posición. Fue en vano. Sintió un nuevo movimiento a la altura de su brazo, cada vez más cerca. Giró justo a tiempo para ver a la asquerosa criatura emerger entre las hojas y lanzarse contra él.

Toorkan golpeó al gusano, todavía en el aire, con la talga, evitando que se pegara a su cuello. Desvainó una espada de las entrañas del bastón y corrió, torpemente, entre troncos y hojas, sin dejar de observar al depredador. Este se arrastró adolorido, la enorme boca derramaba una baba viscosa, y el verduzco cuerpo serpenteaba sin parar al trepar nuevamente por las ramas. Debía ser tan largo como el muchacho era alto y más ancho que una de sus piernas. Además, era rápido, bastante rápido. Si Toorkan no salía del bosque y llegaba a las elevaciones pronto,

nunca podría cumplir su misión ni regresaría a la ciudad de Tari.

Se detuvo y trató de herir a la criatura con la cuchilla. Falló. Retrocedió un par de pasos, analizando si debía defenderse o correr. La vibración de un segundo gusano, a su derecha, lo decidió. Sus pies volaron sobre la maleza, al tiempo que agitaba la espada, golpeando la naturaleza a su alrededor. Su corazón parecía a punto de salir del pecho, y el aire empezaba a faltarle, cuando un espacio libre se abrió frente a él. Una pequeña carrera y estaría junto a la primera colina, listo para escalarla. Con el rabillo del ojo vio como el gusano que estaba más cerca dejaba las hojas, con un empuje tal, que llegó cerca de su cabeza. El muchacho giró rápidamente, en un impulso, y atravesó al animal con la espada.

No había tiempo para jactarse; dio cinco saltos a todo lo largo de sus piernas, cubriendo la distancia que lo separaba del cerro, y trepó por él a gatas. Recorrió un buen trecho, arrastrando las palmas y las rodillas sobre yerba y pedruscos, antes de detenerse. Soltó una carcajada cuando se vio sentado en un relieve de la colina, a unos cuantos metros sobre un puñado de gusanos. Los animales se arrastraban, contorsionándose, por la ladera; el veneno de su baba se adhería al piso con cada movimiento. Aquellos que llegaron cerca de sus pies, fueron cercenados hábilmente con un movimiento de talga.

Lo único que Toorkan debía hacer era esperar que la luz del día se perdiera completamente en el horizonte; las letales orugas eran animales diurnos, necesitaban claridad y calor para moverse con agilidad. Al caer la noche se replegarían a sus refugios, dentro de los troncos.

El muchacho agradeció en silencio las lecciones recibidas en el cuartel, durante años, acerca del planeta naranja y sus especies; en momentos como ese, el conocimiento era un arma tan poderosa como su espada. Pensó en Tari y en sus compañeros, al tiempo que se acomodaba para aguardar la oscuridad. Cuatro días antes, los tres elegidos humanos habían festejado, con un banquete digno de generales jecTari, el final de su entrenamiento.

—No regresen a menos que en sus manos traigan la sangre de las bestias  
—había rugido el general Firn.

Cada uno debía dejar la ciudad para encontrar a los no-hombres, aunque eso significara recorrer el planeta entero. Dornan había partido hacia las montañas del sur; preparado para luchar contra las escurridizas criaturas de seis patas, hocicos con dos hileras de dientes y piel casi impenetrable que allí habitaban. Tidaver, en cambio, cruzaría el lago sin fin, evitando que sus corrientes heladas lo arrastraran hasta el fondo, sin soltarlo jamás.

Toorkan, por su parte, había escogido el bosque del norte. Sabía que si no hallaba en él a las bestias podría continuar su búsqueda en las colinas aledañas. Antes de que los tres elegidos fueran lanzados a su suerte, el general Firn se había acercado a Toorkan y le había dicho en voz baja:

—Toorkan de Tari, eres el más apto para cumplir esta misión. Búscalos sin cesar.

—Volveré triunfante o no volveré, señor —había respondido el muchacho, levantando el mentón en un gesto orgulloso.

Vestido con harapos, con su talga colgando al hombro, Toorkan se había despedido del general y había dejado la ciudad.

¿Habrían tenido Dornan y Tidaver más suerte que él? Esperaba que sí; no lo motivaba el cariño, los años de encierro los habían vuelto fríos, inclusive entre ellos. Su mayor anhelo, talvez el único, era vengar a su estirpe. Acabar con los no-hombres.

Ahora estaba inmobilizado, aguardando la noche, sin haber hallado nada. El sueño empezó a apoderarse de él, pero recordó a los gusanos, cada vez en menor número, que merodeaban la ladera de la colina. Se concentró para controlar su cuerpo, lo habían preparado para ignorar el frío y el calor, para superar el sueño y para dominar el dolor. Los jecTari le habían enseñado todo lo que sabía: su pasado, quién era y para qué estaba destinado. Desde que tenía memoria lo habían alimentado en cuerpo y mente, y durante los últimos cuatro años lo habían entrenado para la lucha. Por ellos sabía que hacía muchos años el planeta naranja había albergado tres especies: los jecTari, los humanos puros y la subespecie de los no-hombres. Él era descendiente de los humanos puros, una raza noble y de inteligencia superior; al igual que los jecTari. Ambos pueblos habían habitado siempre en armonía, creciendo y progresando en sus magníficas ciudades, Humade y Tari. Los no-hombres, en cambio, eran criaturas salvajes, casi animales, sin código de comportamiento, que habían vivido de robar y aterrorizar las dos urbes.

Los no-hombres...

Esas bestias que se parecían tanto a él físicamente, seguían rondando los parajes del planeta naranja; mientras que, [ de los grandes humanos quedaba apenas un puñado. Invadidos por la envidia y la ambición, y sin entender nada mas que la violencia, los no-hombres habían atacado Humade. Habían saqueado la gloriosa ciudad, de la que ahora quedaban solo ruinas, y habían asesinado a casi toda su población. Gracias a los jecTari, habían sobrevivido los tres elegidos, que desde entonces vivieron resguardados en Tari. Durante años sus protectores habían buscado a los no-hombres, con el deseo de librarse para siempre de esa plaga, pero los

salvajes habían logrado mantener su guarida en secreto.

Ahora, los jecTari contaban con un arma secreta. El general Firn había tomado tres niños y los había convertido en soldados. JecTari en espíritu, pero con la apariencia física para pasar desapercibidos entre los no-hombres. Los habitantes de Tari, con su piel naranja, cubierta de marcas plateadas, y ojos completamente amarillos, jamás podrían infiltrarse entre las bestias. Ni siquiera disfrazados, ya que su delgadez extrema los delataría.

La misión le daba a Toorkan la oportunidad de vengar a su gente y de agradecer al general todo lo que había hecho por él.

Las estrellas ya brillaban en el cielo, y las orugas venenosas habían desaparecido, cuando Toorkan fue sacado de sus reflexiones por el sonido de voces. Susurros en medio del bosque... solo podían ser no-hombres. Ningún jecTari se alejaba tanto de la ciudad y los compañeros de Toorkan debían estar explorando zonas muy distantes del planeta. Buscó la dirección de donde provenían los rumores y sus ojos se posaron sobre dos figuras, una alta y una pequeña, que caminaban entre los árboles.

Las dos sombras se acercaron a un soto dentro del bosque: una especie de isla en medio de la vegetación, ligeramente separada del resto del follaje y formada por arbustos espesos y árboles bastante más bajos que los demás. Al llegar allí, los no-hombres se perdieron de repente tras un tronco y reinó el silencio

## **La Guarida**

El joven elegido saltó, sin pensar en el peligro, y se precipitó colina abajo para tratar de alcanzarlos. Se internó en el bosque y se aproximó, teniendo cuidado de no hacer ruido alguno, al lugar en el cual los no-hombres habían desaparecido.

Observada de cerca, la arboleda que había creído ver desde la colina no era otra cosa que una edificación artificial. Frente a él se erguía un amplio reducto circular cuya pared externa se encontraba cubierta por enredaderas, cortezas y maleza; y en cuyo techo se entretejían ramas y hojas, modelando falsas copas de árboles.

¡El escondite de los salvajes!

Con expresión de triunfo, Toorkan circundó el lugar hasta que encontró una entrada, una hendidura escasamente visible, escondida detrás de un pliegue sobresaliente del camuflado muro. El muchacho se adentró en la obscuridad. Caminó por un túnel que zigzagueaba hasta que le llegó una

voz de mujer.

—No lo aprietes tanto, se volverá a caer y cuando llegemos ya no servirá para asarlo —un murmullo entre risas—. Date prisa, o creerán que nos pasó algo malo.

El elegido se lanzó hacia el lugar de donde venía la voz; Toorkan se encontró de frente con una muchacha, que llevaba en una mano una especie de lámpara en espiral y con la otra guiaba a un niño. El pequeño cargaba, no sin esfuerzo, un gusano de hojas muerto. Al verlo aparecer, la joven retrocedió, y el niño dio un alarido y quiso salir corriendo.

—¡Esperen! —gritó Toorkan, imitando lo mejor que pudo un tono de súplica—. No me dejen aquí.

La chica iluminó a Toorkan con la lámpara y sonrió. Tomó de la mano al pequeño mientras le decía:

—Es humano.

Recorrió al extraño con la mirada, asegurándose de que sus ojos no la engañaban, y dirigió la luz hacia el camino por el cual éste había llegado.

—¿Eres un prófugo de Tari? ¿Te persiguen los monos naranjas? —sus facciones se crisparon ante la idea.

—Sí... no... —respondió el soldado jecTari, a toda velocidad—. Es decir, sí, escapé de la ciudad, y no, nadie me sigue los pasos —El rostro de la muchacha se relajó; estaba cubierto con un capa de polvo, y de su cabello, descuidadamente sujeto contra la nuca, sobresalían hojas y ramillas, pero era muy hermosa. Contrastaba en todo con Toorkan: ella de ojos negros y cabellos dorados, y él, moreno, de espeso pelo negro e iris verdes.

El niño rodeó a Toorkan, sacudió sus ropas y acarició la talga, que al no estar desenvainada parecía un inocente bastón; todo sin dejar de abrazar el gusano muerto contra su pecho.

—Por favor... —insistió Toorkan.

La joven asintió y lo invitó a caminar con ellos. Avanzaron hacia lo que parecía un hueco en el muro, se deslizaron por él, primero el niño, después la muchacha y finalmente Toorkan.

Lo que el elegido encontró al otro lado no fue el sucio escondrijo que esperaba, sino un pequeño pueblo. Una plaza de la cual partían grupos ovalados de casas, como racimos. Todo el lugar estaba iluminado..., iluminado por delgadas columnas que irradiaban una luz azul, igual a la de

las lámparas de Tari. A donde mirara, los no-hombres llenaban el lugar. Unos cuantos forjaban espadas de metal con filos resplandecientes, parecidas a su talga; otros colgaban largos gusanos de hojas en un cordel; en la plaza, junto a grandes tanques que desbordaban agua, jugaban los niños. Toorkan se quedó parado como una estatua de piedra, no lograba entender lo que sus ojos veían. Esos no eran los salvajes, casi animales, que el general Firn había descrito.

La muchacha que lo había guiado se apartó para hablar con algunos hombres, que advertidos de su presencia, hicieron un círculo a su alrededor y lo encaminaron a una de las casas. La mano de Toorkan buscaba, nerviosa pero firme, una bolsa escondida debajo de sus viejas ropas, sin saber qué hacer, cuando un hombre viejo y alto le entregó un vaso de agua.

—Pensábamos que ya no existían más esclavos en la ciudad —le dijo en voz ronca—. Bebe, bebe toda el agua que quieras, debes estar agotado y sediento.

El muchacho bebió, más que por sed, para darse tiempo a contestar. ¿Esclavos en la ciudad? ¿Acaso se refería a Tari?

—Hace años que ninguno hombre salía de esa prisión infernal, mucho menos uno tan joven —la expresión del viejo era una combinación de admiración y recelo—. Creíamos que éramos lo últimos humanos.

Toorkan sintió que la sangre le hervía en las venas al escuchar al no-hombre refiriéndose a sí mismo como un humano, un humano puro, como a los que habían exterminado hace años.

—¿Cómo supiste dónde encontrarnos? —interrogó un joven muy parecido a la muchacha que había hecho posible que Toorkan entrara en el pueblo; su voz se mezcló con la de muchos otros que hacían preguntas y lanzaban exclamaciones,

El elegido tragó saliva y, con una voz que no parecía la suya, dijo:

—He vagado sin rumbo por días. Crucé el desierto, difícilmente esquivé a los gusanos de este bosque, y pasé parte de la noche en una colina cercana; pensé que era mi fin —Debía cuidarse de no demostrar cuánto conocía sobre el planeta o sobre los no-hombres. Era simplemente un jovencito perdido y atemorizado—. Me salvé porque escuché voces y las seguí.

—Tuviste suerte —dijo el viejo, sonriendo abiertamente—. Me llamo Gustov, soy uno de los líderes aquí. Te quedarás en mi casa hasta que te recuperes —La gente a su alrededor, que para entonces parecía ser todo el pueblo, empezó a discutir. No todos estaban de acuerdo con Gustov;

algunos parecían molestos por recibir a un extraño, desconfiaban. Otros, por su parte, no concebían la idea de dejar desamparado a un humano, a merced de los monos naranjas—. ¿Cuál es tu nombre, chico?

Toorkan no dudó antes de contestar, sabía que no podía decir como lo llamaban los jecTari. El general Firn les había dado nombres de no-hombres para cuando lograran infiltrarse.

—Mikel, mi hombre es Mikel.

Tragó con esfuerzo los pedazos de gusano asado con los que lo alimentaron y pidió descansar antes de responder las preguntas que los no-hombres le formulaban, una tras otra.

—¿Cómo lograste escapar?

—¿Hay más prisioneros en la ciudad?

—¿Sabes cuántas tropas nos buscan?

Mientras fingía dormir, en una pequeña habitación en el hogar de Gustov, su mente dio vueltas sin parar. La misión no había resultado ser lo que él esperaba. Los seres que encontró eran más parecidos a los humanos puros que a los salvajes violentos a los que le habían enseñado a odiar. Tenían energía, construían armas tan avanzadas como los jecTari y vivían en una sociedad perfectamente organizada. De hecho, eran más piadosos y gentiles que los jecTari; el General Firn no hubiera acogido y alimentado, de ningún modo, a un perfecto desconocido. Toorkani sintió un hueco en el estómago, un malestar que le subió por el pecho y llegó a la garganta, casi cerrándola.

¿Era posible que todo en lo que creía fuera mentira?

Jamás, hasta ese momento, había salido del cuartel-habitat en el que creció. Nunca había visto más humanos que sus dos compañeros. Todo lo que sabía del planeta naranja, de sus habitantes, de su historia, se lo había enseñado el general.

## **El Transmisor**

Gustov entró a la habitación para cerciorarse de que el muchacho estuviera bien. Vio la cama vacía y sintió que un huracán arremetía contra él. Tomado por sorpresa, impactó contra la pared. Toorkan lo mantuvo pegado a ella apretándole el cuello con un brazo. Con la otra mano, levantada en el aire para que Gustov la viera, sostenía el aparato

explosivo que había ocultado entre sus ropas.

—Tienes diez minutos para explicarme quiénes son antes de que active el dispositivo y todos volemos por los aires —gritó el muchacho.

Gustov lo miró, más desorientado que asfixiado, sin entender qué estaba pasando.

—Diez minutos viejo. ¿Qué son? ¿Humanos... no-hombres... qué? —Su dedo paseaba tembloroso sobre el detonador rojo del aparato.

Había planeado infiltrarse entre las bestias, esconder la bomba y activarla a distancia una vez que estuviese suficientemente lejos. Lo había planeado cuando el mundo tenía sentido. Ahora, si el viejo no le daba una explicación que le devolviera el significado a todo, no le importaba salvarse.

Toorkan estaba histérico, sus músculos se contraían haciendo que su cuerpo temblara; los ojos, inyectados de sangre, sobresalían de las órbitas; el nervioso dedo no dejaba acariciar el botón de activación, cada vez con más presión.

—Se te acaba el tiempo, anciano —No llegó a oír la respuesta, lo derribó un golpe seco en la cabeza.

Lo despertó un bullicio: pasos acelerados y voces lastimeras. Le latía la nuca y, por un momento, no supo en dónde estaba. Se encontraba sentado en una silla, con los brazos amarrados detrás del espaldar. Acomodado en otro banco, Gustov lo observaba atento.

¡El pueblo oculto!, recordó. Estaba en el asentamiento de los no-hombres

La muchacha que lo había introducido en la guarida se encontraba apoyada en el marco de la puerta; sus ojos, a pesar de estar fijos en Toorkan, parecían no verlo. Su expresión era indescifrable.

En cambio, la mirada de lástima del viejo desconcertó al elegido. Estaba colmada de pena y de algo más que el muchacho no logró interpretar.

Gustov tocó un aparato metálico sujeto a su oreja izquierda, un mecanismo que no había estado allí antes de la pelea, y señaló con los ojos la cabeza de Toorkan. El muchacho levantó la mano lentamente, sin saber bien qué esperar, pero no encontró nada.

—No. Sobre la nuca —dijo el viejo.

Adherido a su cráneo, bajo la piel, sintió un minúsculo y duro bulto.

—Es un transmisor. Lo usamos para mantenernos en contacto y conocer nuestra ubicación. Sirve para ver los pensamientos de otra persona.

—¿Incrustaste una máquina en mi cerebro? —murmuró Toorkan, atónito.

—No, ya estaba ahí. Lleva largo tiempo ahí. Quisimos ponerte uno para saber de qué demonios hablabas y nos encontramos con eso.

Toorkan acarició el montículo apenas perceptible. “Lleva largo tiempo ahí.” ¿Era posible que los jecTari lo hubieran estado monitoreando en secreto?

—Es más pequeño que los nuestros —agregó Gustov—. O queda aún uno de nosotros en Tari, o los malditos aprendieron a manejar nuestra tecnología muy bien —El anciano giraba en la palma de su mano el aparato explosivo que, con tanta vehemencia, Toorkan le había enseñado.

Fuera, el ruido se hacía más fuerte, como si todo el pueblo corriera y hablara a la vez.

—Querías respuestas, yo te daré la verdad. No tienes más que concentrarte en mí y te abriré mi conciencia —indicó Gustov—. No seas tímido, yo ya visité la tuya cuando dormías.

La mente del muchacho voló sola, casi sin su permiso, directamente hacia los pensamientos del otro. Las imágenes se sucedían una tras otra, con una velocidad aterradora, los sonidos se sobreponían entre ellos, y sus recuerdos antiguos parecían gritar al verse remplazados.

Las primeras escenas le llegaron borrosas, imprecisas, como las memorias que él tenía de lecciones que había aprendido y no vivido. Un mundo agonizante, un viaje entre las estrellas y la llegada al planeta naranja. Los ataques de los jecTari, inferiores en tecnología pero ínfimamente superiores en número, el sometimiento de los humanos y la huida de unos pocos. Los siguientes recuerdos fueron mucho más claros, aquellos que Gustov había experimentado en persona: la convivencia en el pueblo dentro de la falsa arboleda, el temor, la desesperación, y, por último, un muchacho perdido y lleno de odio amenazando con volar su hogar por lo aires.

Cuando todo terminó, Toorkan acarició el disco metálico dentro de su

cabeza y cerró los ojos.

—Si el transmisor estuvo siempre en mí, ellos ya saben donde buscarnos. ¡Debemos huir, encontrar un nuevo refugio! —dijo en un hilo de voz.

Gustov suspiró, lleno de dolor.

—Es muy tarde, el ejercito jecTarí ya rodea el bosque.

—Defendámonos. ¿Qué hacemos aquí sentados? Tenemos armas, ¿por qué no las usamos? —Toorkan elevó la voz, enervado.

Una mueca que no llegó a ser sonrisa apareció en el cansado rostro del anciano.

—Sabes porque, acabas de verlo. Son miles y nosotros no llegamos a un centenar.

Se escuchó una explosión, al otro lado de los muros de la guarida, y ésta se quedó en silencio. El viejo se levantó, desató a Toorkan y caminó despacio hacia la puerta. Cuando pasó junto a la muchacha, el cuerpo de ella se sacudió, como si acabara de despertar de un sueño. Sus ojos se encontraron con los de Toorkan, inundados de lágrimas.

—Era inevitable chico, y tal vez es justo —dijo el Gustov detrás de la chica—. Al fin y al cabo, ellos estaban aquí antes que nosotros.

## Capítulo 5

### El Risco del Diablo

—Alerta —gritó en la noche, como cada hora, el primer centinela.

—Siempre alerta —respondió su compañero de la garita más cercana.

Así, uno tras otro, voceó cada hombre apostado en las estrechas e iluminadas casetas de vigilancia. Uno tras otro, hasta que llegó el turno de la garita postrera, aquella más alejada de la playa.

—Alerta —repitió nervioso el penúltimo de los guardias, solamente para que le respondiera el silencio.

En apenas unos minutos, Mauro saltó de su torrecilla y se precipitó hacia el puesto vacío. Otros dos hombres llegaron al mismo tiempo.

—Solo quedan su machete y la linterna —dijo Mauro con voz estrangulada después de examinar el puesto de vigilancia vacío.

Miró a sus colegas y, sin decir palabra, los tres se precipitaron hacia el pueblo. Con una mano sacudían sus linternas de lado a lado, con la otra, repicaban unas campanas metálicas. Avanzaban veloces, sin dejar nunca de gritar:

—¡Alerta, alerta! ¡Perímetro roto!

Para cuando alcanzaron el pueblo, todas las luces habían sido encendidas e iluminaban el caserío de viviendas rústicas y angostos caminos. Los moradores recorrían las calles, sin parar; se reconocían unos a otros, asegurándose de que todos siguieran allí.

No era así. Había desaparecido una joven.

Aquella noche pareció eterna, nadie durmió en el pequeño y distante pueblo de El Albor. En casi diez años no habían tenido que revivir el tormento de la desaparición de sus mujeres, no desde que las casetas protegían a los pobladores.

Nadie sufrió tanto como los familiares de los dos ausentes. El cuerpo sin vida del centinela había sido hallado a unos quinientos metros de su puesto; lívido hasta el punto de la transparencia, y con sangre espesa,

como chocolate, rebosando por su nariz. La muchacha faltante, hija del hombre más próspero de la comunidad, había desaparecido sin dejar rastro alguno.

Al llegar el día todos lloraron a las víctimas, hicieron planes para agudizar la vigilancia y El Albor volvió a su rutina normal.

Únicamente se destacaba, entre tanta apatía, un adolescente parado desde el amanecer frente a la casa de Mauro. Sin moverse, esperando, impacientándose cada vez más; desesperando hasta que la ira lo desbordó. Cruzó a paso firme la distancia que lo separaba de la puerta de entrada y arremetió contra ella con golpes secos.

—Vete a tu casa, Félix —Mauro miró al delgado muchacho desde el umbral, con una mezcla de pena e impaciencia.

—¿Por qué sigues aquí? —balbució el chico—. Debemos aprovechar el día, aún estamos a tiempo.

Recibió únicamente mutismo y una expresión perforadora. No le importó, se clavó en su sitio y devolvió la mirada con la misma intensidad.

—Nunca se ha hecho, Félix —dijo Mauro, paciente—. Vete a tu casa, tu padre te necesita.

—Sé que irás, podemos hacerlo juntos... —respondió Félix, sin flaquear un segundo— De todas formas, voy a seguirte.

Mauro retrocedió, casa adentro, y murmuró:

—Seis y media, pasando el último puesto de vigilancia de la playa.

La sonrisa triunfal, con la cual Félix recibió el puertazo que puso fin a la conversación, fue borrándose de su rostro conforme el miedo invadía su corazón.

El sol se escondía cuando los dos temerarios se reencontraron. Mauro le entregó al joven uno de los cinturones de los centinelas; estaba alterado de tal forma que podía portar dos linternas y un machete. Caminaron en silencio hasta perder de vista el pueblo. Se dirigieron al norte, bordeando la playa.

Pretendían alcanzar el Risco del Diablo sin ser vistos por sus habitantes.

—No entiendo por qué no salimos antes —exclamó Félix—. Cuando lleguemos podría ser muy tarde.

—Durante el día los espectros estarían allí, sería un suicidio. No nos queda otra opción que aventurarnos en las cuevas cuando caiga la noche, cuando se encuentren deambulando, buscando víctimas —Mauro jugaba con el mango de su machete distraídamente, habían franqueado el cerco de pequeñas casetas y el pueblo se iba perdiendo en la distancia—. Tendremos el tiempo justo para entrar, sacar a tu hermana y cruzar la playa, antes de que la marea nos corte el paso.

Caminaron arrastrando granos de arena con cada pisada.

—Eso, si logramos salir con vida —agregó Mauro, con expresión sombría y los ojos fijos en el mar.

—Si salimos con vida, seremos héroes. Ya no tendrás que ver a Lorena en secreto, o enviarle cartas a escondidas —dijo Félix.

La brisa bailaba a su alrededor, emitiendo un leve ronquido. A lo lejos, ya podía distinguirse su destino.

—Si seguimos vivos al amanecer, me la llevaré lejos de aquí. Debí hacerlo hace mucho tiempo, sin importar cuán peligroso es el camino. Es preferible morir intentando dejar esta tierra maldita a vivir encerrados, esperando que llegue la desgracia.

Surcaron el litoral sigilosamente; la oscuridad se iba apoderando del camino.

—No podemos usar las linternas, nos verían llegar. Estaremos a ciegas en la cueva, las traemos como protección —la voz de Mauro era distante—. El machete ayuda solamente para distraerlos hasta golpearlos con la luz. Para defenderte usa siempre la luz.

—Bueno, nos defendemos con las linternas —respondió Félix con impaciencia—. Ya tengo quince años, soy capaz de cuidarme.

Mauro lo miró de soslayo, no sabía si echarse a reír o a llorar. Félix, un jovencito de constitución enclenque, acostumbrado a la buena vida que le daba su padre —si es que algún tipo de vida podía considerarse agradable en un poblado cercado por monstruos— creía que estaba preparado para hacerles frente a criaturas que aterrorizaban incluso a los curtidos y toscos centinelas, como él. Lanzó un bufido, quizá la

inconciencia ayudaría al muchacho. Quién sabe.

Ambos se mantuvieron callados el resto del camino, no solo porque era peligroso revelar su llegada, también porque sentían como sus corazones trotaban bajo sus pechos. En Félix, el tamborileo era resultado de una mezcla de adrenalina y ansiedad. En Mauro, por el contrario, era la melodía que acompañaba a la certeza del fracaso.

Llegaron frente a un risco que se elevaba sobre la playa, cortando la arena y adentrándose en el mar. Todo el morro estaba formado por piedras puntiagudas, una sobre otra, como gradas mortales. Irradiaba calor y, por su color rojizo, parecía cubierto de sangre. Era el final del camino, únicamente podían retroceder o adentrarse en una estrecha caverna que se abría en la base de la peña.

No lo dudaron, sin mirarse, treparon por los picos de hasta un metro del altura que se levantaban, como césped, cubriendo la superficie del Risco del Diablo. Se agacharon para penetrar en la caverna: un conducto angosto y empinado que no les permitía incorporarse. Mauro se arrastró entre conos, piedras y pedruscos, siempre consiente de la presencia de Félix detrás de él. No debería haberlo llevado a aquel lugar. Ya había sido suficiente con la pérdida de Lorena, por su culpa, también su hermano acabaría muerto. No, nunca debió permitir que lo acompañara.

El túnel desembocó en una amplia cueva donde finalmente pudieron levantarse. Acaban de ponerse de pie, cuando oyeron un sonido de alas acercándose a toda velocidad. Una lluvia de murciélagos se precipitó sobre sus cabezas, obligándolos a defenderse a ciegas, lanzando torpes manotazos.

—¡El machete! —le dijo Mauro al muchacho en un susurro, al tiempo que desenvainaba el arma y arremetía contra los voladores.

Pero Félix estaba aturdido, creyó que lo atacaban cientos de espectros y se dejó llevar por el pánico. Se lanzó al piso, acurrucándose. Tuvo que recurrir a toda su voluntad para no llorar a gritos mientras moría. O al menos, mientras él creía que moría. Mauro asestó golpes a las bestias que revoloteaban sobre él, inseguro y temeroso de alcanzarlo en la penumbra con la cuchilla. Logró dispersar a los murciélagos, que salieron en picada hacia la playa. De un tirón levantó a su compañero, antes de asegurarse de que no estuviera herido.

—¡Quince años y ya eres capaz de cuidarte! —le espetó al oído, sin poder contenerse— Todavía estás a tiempo de regresar.

Félix respiró agitadamente, y por primera vez desde que Lorena desapareció, dudo de su participación en el insólito rescate. Respiró otra vez, larga y profundamente. Había perdido a su madre por los espectros

cuando era un niño; entonces no había podido evitarlo, pero no permitiría que sucediera lo mismo con su hermana. No se sentaría a llorarla, aceptando lo inevitable como el resto del pueblo; dejando su destino y seguridad en manos de los centinelas. El valor retornó a su cuerpo, con más fuerza que antes. Empujó a Mauro para que siguiera adelante y mantuvo la mano en su hombro para dejar constancia de que lo seguía.

La cueva se internaba cada vez más en la profundidad de la montaña, el aire se volvió denso y perdió el aroma salado del mar. Los ojos de los héroes improvisados habían logrado adecuarse a las tinieblas y ya podían distinguir formas, lo suficiente para notar que descendían en una especie de espiral. Las linternas permanecían colgadas de las correas al tiempo que marchaban tanteando el túnel con las manos, despacio y casi sin respirar, para no hacer ruido. Primero Mauro, y después Félix, distinguieron unas grutas anchas y profundas que se abrían cada cierto tiempo en la pared.

De alguna forma, Mauro supo que era allí donde debía buscar a Lorena; sus instintos le decían que en alguna de esas cavidades estaría ella. También le decían que además de su amada podía encontrar a más de un espectro. Por medio de señas, le indicó a Félix que debían entrar a las cuevas internas.

Retrocedieron unos pasos para introducirse en la prima grieta. Avanzaron pegados contra el muro. La oscuridad era absoluta. Llegaron al fondo sin separarse de la pedregosa superficie. Esperaban, a todo momento, que un espectro se les abalanzara. Pero nada los detuvo en su recorrido. Se atrevieron entonces a cruzar de un lado a otro, cubriendo toda la superficie del lugar; encontraron solo vacío. Dos, tres, cuatro grietas. Una y otra vez repitieron el proceso. Mauro perdió la noción del tiempo, no sabía si habían pasado diez minutos o tres horas. El sonido del océano se había tornando lejano, pero él no podía dejar de pensar que la marea estaba subiendo, y que pronto quedarían atrapados. Fue cuando estaba a punto de darse por vencido, que al llegar al fondo de una de las cuevas internas, el ambiente se sintió distinto.

¡Alguien respiraba en medio del silencio!

—Es ella, tiene que ser ella —murmuró Félix.

Mauro dudo, algo no estaba bien. Desde el fondo de sus entrañas un presentimiento le gritaba que algo no marchaba bien. Una luz se encendió detrás de él. Preso de la emoción, Félix había prendido una de sus linternas. Mauro se volteó e, inmovilizándolo contra el muro, intentó quitarle el aparato.

—¡Lorena! —dijo el muchacho con la voz asfixiada— ¡Mírala! ¡Es Lorena!

En el piso de la cueva yacía la joven. Mauro ubicó la linterna delante de sí, creando con su cuerpo y el de Félix un escudo, y, sin dejar de otear la caverna, se acercó a Lorena. Estaba inconciente y muy pálida; sobre el corazón, la tela del vestido había sido desgarrada y un rastro de sangre seca le cubría el tórax, como si un animal hubiera hurgado en su pecho. Pero estaba viva.

—Lorena. Despierta.

—¡Lorena!

Lentamente, la muchacha abrió unos ojos que, bajo la luz de la linterna, miraron a Mauro absolutamente ennegrecidos. Un segundo después, los aletargados iris volvieron a ser tan azules como el mar.

—Salgamos —dijo Félix, ayudando a su hermana a levantarse—.  
Marchémonos de una vez.

Mauro cargó a la muchacha sobre su espalda, apagó la linterna, y se volvió en busca de la salida. Por primera vez desde la noche anterior, el centinela pensó que podían conseguirlo. Félix, por su parte, se sentía colmado de satisfacción. Un poco más, unos metros más, y estarían en la playa. Estaban por dejar atrás la cueva en espiral y llegar al túnel de entrada cuando lo sintieron. Un cambio en la presión del ambiente, un zumbido sordo a punto de alcanzarlos.

Mauro apuntó la linterna a la ruta que acaban de recorrer; hacia ellos se abalanzaba una figura carmesí de bordes indefinidos. Una nube densa con forma humana, cuyo contorno se alargaba y comprimía formando picos, como cabellos oscilando al viento. Los ojos del fantasma, dos esferas semitransparentes de color plateado, como lunas, los recorrieron de uno en uno.

—¡Espectro! —aulló Mauro. Corrió, cargando a Lorena, a la máxima velocidad que el terreno le permitía.

Félix trató de huir al mismo tiempo que se volteaba para observar a su perseguidor; resbaló y cayó de lleno al piso. Logró levantarse y seguir a sus compañeros, aunque unos cuantos metros rezagado. Cuando finalmente llegaron al conducto que los llevaría a la playa, Mauro empujó a Lorena adentro. Volteó para observar a Félix y a la criatura que les daba caza. Apuntó la luz de sus dos linternas hacía ellos; el espectro disminuyó la velocidad, pero no se detuvo. No lo lograrían. Entró en el canal y empezó a arrastrarse detrás de la joven cuando oyó a Félix.

—¡Lanza una luz! —pedía a gritos su amigo— ¡Dame una de tus linternas!

Mauro miró al muchacho a los ojos y entendió que también él lo sabía: el espectro los alcanzaría en la gruta, acabaría con ellos y Lorena volvería al hueco del que la habían rescatado. O los atraparía en la playa, o casi llegando al pueblo. No podrían lograrlo. No todos. Le sorprendió con cuánto aplomo encaró Félix la situación; tal vez lo había juzgado mal, o tal vez, el hermanito menor de su novia había crecido más en aquella aventura que en toda una vida. Tomó la decisión en una fracción de segundo. Aventó la linterna, agradeció al joven en silencio y empujó a Lorena para que se arrastrara hacia la salida.

Félix sostuvo las tres luces, las dos lámparas que cargaba en el cinturón y la que le había dejado Mauro, y se apostó en la entrada de la gruta. Mientras él viviera, el espectro no podría pasar. No conseguiría detenerlo permanentemente, pero al menos les compraría tiempo. La criatura se detuvo a cierta distancia, evitando la luz y mirándolo a través de sus órbitas vacías. Félix tenía una linterna en la boca y otra en cada mano, temblaba, tratando de iluminar a su enemigo. El machete permaneció en el cinturón, ya no tenía sentido intentar usarlo. El espectro se balanceaba de un lado a otro, como en un baile hipnótico. El denso vapor del que estaba compuesto se contorsionaba, separándose y volviéndose a unir en un humanoide infernal.

La criatura emitió un alarido agudo y ensordecedor, y arremetió sobre el muchacho.

Lorena y Mauro alcanzaron la entrada de la cueva y cruzaron los puntiagudos conos, no sin dificultad. Al arribar a la arena, el agua les llegaba a las pantorrillas, convirtiendo cada pasó en un reto. El centinela avanzó sin voltearse, sudando. Cuando divisaron el perímetro de casetas, minúsculas luces como estrellas, Lorena se detuvo.

—No podemos descansar —la apremió Mauro, con voz ahogada—. Debemos seguir.

La joven no respondió, no se movió. Levantó levemente la cabeza cuando Mauro la abrazó para empujarla. Entonces él vio sus ojos... eran negros con brillos argentados. Argentados como la luna...

Trató de zafarse, de empujarla, pero la muchacha se aferró a su cuerpo con una fuerza descomunal. A través de sus miembros entrelazados, Mauro sintió un espectro que bailaba dentro de su amada. Sintió, también,

como toda la energía abandonaba su propio cuerpo, formando nubarrones dispersos, y entraba en la criatura.

Tumbado en la arena, con un hilo de sangre resbalando desde su nariz y sintiendo que la vida lo abandonaba, el centinela vio a "Lorena" alejarse en dirección del risco. Los arañazos que rasgaban el pecho de la joven resplandecían; su figura pareció desdibujarse, como una imagen reflejada en un espejo mojado, al tiempo que se convertía totalmente en un fantasma. La entidad avanzó arrastrando su cuerpo escarlata sobre la arena, onduló entre los conos de piedra y se perdió dentro de la boca de la caverna.